

## Algunas costumbres

Distintas personas, desde distintos ámbitos, me han reprendido últimamente por ser poco amante de ciertas costumbres locales. Les parece poco propio de mí, además, porque acaba de editarse un libro mío sobre *Cuentos de Los Pedroches* y porque escribí los textos de *Estampas de un Tiempo*, editadas por la asociación *Piedra y Cal*, a la que pertenezco, cuyo fin es la defensa del patrimonio histórico y artístico de Los Pedroches, circunstancias que al parecer deben abocarme a amar sin concesiones a lo tradicional. No es uno ajeno a las contradicciones, pero no creo incurrir en ninguna en este caso. Amo la tradición, pero no veo que la tradición sea algo sacrosanto que no pueda cambiarse en ningún caso. Si la costumbre nos hace menos libres, menos felices o es antinatural, debe desaparecer. Tengo de la existencia un sentido bastante panteísta. El todo fluye, todo es cambio de Heráclito –que me corrija mi compañero de página Gabriel si me equivoco en la cita–, es aplicable también a las normas sociales de convivencia: las costumbres nacen, se consolidan, se resquebrajan y desaparecen para siempre, sustituidas o no por otras costumbres.

Ahora hay una tendencia general a amar cualquier hecho repetido bajo la argumentación de que forma parte de nuestro patrimonio cultural. Según dicen, deben defenderse las costumbres sólo porque existen, sólo porque han existido desde hace mucho tiempo, porque, si desaparecen, habrá desaparecido con ellas parte de nuestra identidad. No comulgo en absoluto con esta idea. Me parece una nueva forma de conservadurismo, lejos de la aspiración natural que debe prevalecer en el hombre de buscar siempre algo mejor. Además, ejemplos exagerados como el burka, que sujeta a las mujeres afganas a una cárcel interior, o la ablación, que mutila a las mujeres africanas, me ponen sobre aviso de que existe una Ley Natural que debe respetarse por encima de las costumbres locales, por encima de la cultura propia de los pueblos.

La libertad con que hoy en día encaramos los aspectos más triviales de nuestra vida es consecuencia de la ruptura de costumbres que parecían eternas no hace tanto tiempo y por las que debieron pagar su cuota de rechazo social

quienes primero las quebrantaron. Aunque el luto formaba parte de nuestra cultura, yo me alegro de que ya prácticamente no exista. Y lo mismo digo de las rezadoras de pago, o de los entierros de capas. O de que las mujeres no pudieran entrar en los bares, o de que no pudieran ponerse minifalda o bikini. O de las bestiales novatadas que se gastaban en la mili o en los colegios mayores.

Las costumbres que interese mantener, que se mantengan, pero las que no interese, que se supriman o que sean sustituidas por otras. Me duele la desaparición de ciertas costumbres cuya defensa a nadie importa. Se ha perdido, por ejemplo, la costumbre de hablar mientras se come, porque se tiene la televisión encendida para ver el telediario o el concurso de rigor, de manera que el padre sabe más de lo que pasa en Paquistán que de lo que le pasa a su hijo. Pero me alegra la desaparición de otras costumbres, por mucho que nos definan como pueblo, y, si por mí fuera, borraría más de una. Como no puedo –ni bueno sería que yo solo pudiera–, por ahora me conformo con no practicarlas o practicarlas poco, por lo menos aquéllas que repugnan especialmente a mi carácter.

Juan Bosco Castilla